



PEREGRINOS DE LA ESPERANZA CON MARÍA Y S. LUIS DE MONTFORT



Ficha 7

Una ancla segura y firme

PARA CONOCERLO

La imagen del **ancla es sugestiva** para comprender la estabilidad y la seguridad que poseemos si nos encomendamos al Señor Jesús, aun **en medio de las aguas agitadas de la vida**. Las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista **la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo**.

(FRANCISCO, Spes non confundit, 25 passim)



PALABRA GUÍA

Escuchen la Palabra del Señor
De los hechos de los Apóstoles (27,13-25)

En ese preciso momento, **se levantó** una brisa del sur y creyeron que podrían realizar este proyecto. Zarparon y comenzaron a bordear la isla de Creta. Pero muy pronto se desencadenó un huracán llamado Euraquilón, que provenía de la isla. Como el barco no podía

resistir al viento, fue arrastrado y nos **dejamos llevar a la deriva**. Navegando a cubierto de una pequeña isla, llamada Cauda, a duras penas conseguimos recoger el bote salvavidas. Después de subirlo, se utilizaron los cables de refuerzo para asegurar el casco de la nave. Luego, por temor de encallar en los bancos de Sirtes, se bajó el ancla, dejándola suelta, y así navegamos a la deriva. Al día siguiente, como la tormenta todavía arreciaba, los marineros comenzaron a arrojar el cargamento. Al tercer día, echaron al agua con sus propias manos los aparejos del barco. Desde hacía varios días no se veía ni el sol ni las estrellas, y la tormenta seguía con la misma violencia, de modo que ya habíamos perdido toda esperanza de salvación. Como ya **hacía tiempo que no comíamos**, Pablo, de pie en medio de todos, les dijo: «Amigos, debían haberme hecho caso: si no hubiéramos partido de Creta, nos hubiéramos ahorrado este riesgo y estas graves pérdidas. De todas maneras, **les ruego que tengan valor** porque ninguno de ustedes perecerá; solamente se perderá el barco. Esta noche, se me apareció un ángel del Dios al que yo pertenezco y al que sirvo, me dijo: «**No temas, Pablo**. Tú debes comparecer ante el Emperador y Dios te concede la vida de todos los que navegan contigo». Por eso, amigos, **tengan valor. Yo confío que Dios cumplirá lo que me ha dicho**.

ENTRO EN LA PALABRA



Dado que escribo desde la ciudad de Loreto (Italia), me llamó la atención, desde el primer anuncio del año jubilar, el vínculo con el escudo de nuestro arzobispo **monseñor Fabio Dal Cin**, sobre todo por la representación del ancla. Transcribo una parte de la explicación:

«...En la parte central del escudo destaca un ancla, símbolo desde siempre de la Esperanza cristiana, la esperanza en la vida futura prometida por Dios, y se menciona en la Carta a los Hebreos: “En la esperanza tenemos como un ancla segura y firme para nuestra vida...” (Hb 6,19). **El ancla** está representada con la forma de la del escudo de San Pío X, el Papa originario de la provincia de la ciudad de Treviso, tierra también de origen de Mons. Dal Cin, y esto quiere ser un homenaje a la memoria del

Santo Pontífice de su misma región italiana: el Véneto. El **color oro** del campo principal del escudo representa el primero entre los metales preciosos, y por lo tanto simboliza la primera de las virtudes teologales: la Fe. **El rojo** de la cuerda representa la virtud de la Caridad, por la cual se ama a Dios y al prójimo hasta el martirio. Así se evocan las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. **El azul** simboliza la ascensión del alma hacia Dios, es decir, el camino de las virtudes que se elevan por encima de las cosas terrenales hacia la incorrupción de la bóveda celeste»

RESPONDO A LA PALABRA

Del Salmo 31 (30)

Yo me refugio en ti, Señor,
¡que nunca me vea defraudado!
Líbrame, por tu justicia.

Inclina tu oído hacia mí
y ven pronto a socorrerme.
Sé para mí una roca protectora,
un baluarte donde me encuentre a salvo,

porque tú eres mi Roca y mi baluarte:
por tu Nombre, guíame y condúceme.
Sácame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi refugio.

Yo pongo mi vida en tus manos:
tú me rescatarás, Señor, Dios fiel.

Pero yo confío en ti, Señor,
y te digo: «Tú eres mi Dios,
mi destino está en tus manos».
Líbrame del poder de mis enemigos
y de aquellos que me persiguen.

Que brille tu rostro sobre tu servidor,
sálvame por tu misericordia.

ME DEJO CUESTIONAR POR LA PALABRA



- Me recuerdo a mí mismo una tormenta de mi vida. ¿Cómo reaccioné?
- ¿Estoy dispuesto a testimoniar que el Señor es mi roca y mi fortaleza?
- La grandeza de la meta a la que estamos llamados es el Cielo, nos recuerda el papa Francisco. ¿Qué lugar tiene en mi vida?

SAN LUIS DE MONTFORT ME ACOMPAÑA

Cántico 7: La firmeza de la esperanza (27-30)

Le hace mayor injuria
quien de su amor desconfía;
siendo él bondad infinita,
al perdonar se extasía.

Renuncia ya al mundo insano,
engañador e inconstante;
que tu esperanza se funde
en Dios y su mano amante.

Con temor para salvarte
trabaja sin desconfianza,
y al desconfiar de ti mismo
une santa esperanza.

Lograrás esa confianza
y ese apoyo en el Señor,
conservándote inocente
y puro de corazón.

OREMOS LA PALABRA

Oh Dios, que nos das la alegría de venerar a la Virgen María, madre de la santa esperanza, concédenos, con su ayuda, elevar hacia las realidades celestiales los horizontes de la esperanza, para que, comprometiéndonos en la edificación de la ciudad terrena, podamos alcanzar la alegría perfecta, meta de nuestro peregrinaje en la fe.